

El perfil periodístico

Belén de Rosendo Klecker

Tecnos

Madrid, 2010. 271 páginas.

El periodismo es actualidad, información, noticia, conflicto, acontecimiento, notoriedad, cultura... sí, por supuesto, pero a veces se nos olvida algo elemental que, por obvio, corre con frecuencia la suerte de pasar inadvertido. Nos referimos la persona misma, a la esencia de toda actividad que nos afecte, a la protagonista de todos los textos que tienen como eje los términos anteriores. Si consideramos que lo fundamental es el individuo, como no podría ser de otra forma, el perfil —llamémoslo semblanza, biografía, *sketch* de personalidad...— no puede ser sino el núcleo, el centro, el viaje a las profundidades, de todo hecho digno de convertirse en un relato que de verdad interese a la sociedad.

Siendo esto así sorprende la escasa producción académica que hay en nuestro país sobre este género, a diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, en el mundo anglosajón o en Francia, donde el retrato humano —tanto en literatura como en periodismo— cuenta con una larga tradición. Y esta sorpresa (y esta carencia) fue lo que precisamente movió a la autora del presente libro, Belén de Rosendo Klecker, a adentrarse en un tipo de texto que quizá siempre haya estado ahí, revuelto, desde un punto de vista exclusivamente teórico, con ciertas características de la variedad del reportaje, del carácter dialogado de la entrevista, de los rasgos de la urgencia del texto informativo, de la libertad literaria de la columna de opinión... pero sin que nadie hasta el momento se hubiera atrevido a delimitarlo con precisión, a definirlo con la lucidez y la paciencia que se requieren para resaltar lo que resulta evidente pero que hasta el momento ha permanecido extrañamente ignorado.

Y si hay que subrayar el carácter exclusivamente teórico de la carencia es porque desde un punto de vista tanto profesional como del lector, el perfil resulta un texto meridianamente claro, distinguible para cualquiera que se acerque a él con la sana intención de saber *quién* —no sólo *qué*— está detrás de la noticia. En la indefinición —o, si se prefiere, infravaloración— en la que ha vivido un género que no acababa de alcanzar el estatus de tal, el perfil ha fluctuado entre polos tan dispares como ser por ejemplo un tipo de entradilla de reportaje (Grijelmo) o «la historia de la vida de una persona» (Mainar). Entre ambos extremos la autora recoge (p. 24) otras aportaciones teóricas clásicas que, vistas desde la actualidad y a la luz del carácter metódico y exhaustivo del presente trabajo, casi adquieren la naturaleza de *antecedentes*. Nos referimos, por citar quizá las más conocidas, a la definición de Martín Vivaldi sobre la nota biográfica: «serie de datos escalonados, cronológicamente ordenados»; a la de Martínez Albertos sobre el reportaje biográfico como género narrativo «que se proyecta sobre la vida del entrevistado»; o a la mención de Fontcuberta de la biografía «que acompaña a un fallecimiento». Los géneros, o la concepción que tenemos de ellos, como se ve, y como muy oportunamente recoge De Rosendo, citando a Casasús, «tienen su propio ciclo vital» (p. 16).

Pero ¿qué es lo que podemos encontrar aquí? No sólo base teórica, desde luego. Con ser interesante ésta, la autora baja a la arena de los medios y toma como punto de partida una amplia investigación de campo llevada a cabo entre 1993 y 1999 en la Universidad de Navarra que cristalizó en su tesis doctoral. A partir de ese año y hasta el presente el libro recoge innumerables perfiles reales de personajes ilustres, o por lo menos conocidos, publicados en la prensa nacional. Entre ellos aparecen políticos como Javier Solana, Blair, Gordon Brown, Fidel Castro (comparado con don Quijote), Angela Merkel y Obama; modistos, como Kart Lagerfeld; informáticos, como Bill Gates; escritores, como Rosa Chacel; empresarios y empresarios/presidentes de equipos de fútbol, como Isidoro Álvarez y Ramón Mendoza; futbolistas, como Jordi Cruyff; cantantes y cantaores, como Sinatra, Carla Bruni, Pedro Guerra y *El Cigala*; y actores, como Brando, retratados nada menos que por Capote. Éste último no está recogido, claro está, de la prensa nacional sino del libro titulado precisamente *Retratos*.

De Rosendo define el perfil como el cruce de dos subjetividades y le impone dos requisitos: verismo y calidad humana del *perfilista* (pp. 15-16). No entramos en si esta última se daba en Capote, pero desde luego en su caso no podemos dudar de la literaria. Ni de la periodística, por supuesto. Y no es él el único *perfilista* ajeno a nuestra prensa que aparece en estas páginas. Como tampoco son los teóricos españoles los únicos citados en este libro. También encontramos la definición de Rediman de los años treinta de lo que es, o de lo que no es, el perfil en *The New Yorker*: «no es una biografía corta, no es un *sketch* de personalidad, no es un ejercicio de adaptación de la anécdota, no es una crónica escandalosa, no es una evaluación del carácter, no es nada de eso y lo es todo a la vez» (p. 28).

En ese ir hacia atrás en la historia el libro no se queda en el siglo XX, sino que se remonta hasta a Plutarco al que considera el primer biógrafo por sus *Vidas paralelas*. Pasa revista a continuación a diversas épocas en las que el género de una forma u otra ha sido tratado con acierto, como la de las crónicas de Indias, la de la Inglaterra victoriana de Strachey y otros eminentes *bloomsburyanos* como Virginia Wolf, la de la Francia de Maurois, la del modernismo latinoamericano de Martí y Darío y la de la Generación del 98 de Baroja, Azorín y Machado. Pero quizá, volviendo a los retratados, quien mejor refleje el espíritu del género sea el arquitecto finlandés Alvar Aalto (p.123), en cuyas construcciones se pueden apreciar escaleras enmarcadas por decenas de cilindros de madera que «llevan el bosque al interior de la casa», y cuya gran preocupación es que se condene al hombre a «vivir en un hormiguero carente de sentido». La gran arquitectura, dice —como el gran periodismo, podríamos añadir en homenaje al perfil— «sólo se encuentra cuando el hombre se sitúa en el centro».

Pedro Paniagua Santamaría
Universidad Complutense de Madrid